

Los franceses, atacando con toda clase de precauciones, por caminos cubiertos, atravesaron las fortificaciones de los abandonados *Redientes de Morelos* y establecieron desde la Plaza de Los Locos una poderosa batería de ocho piezas (1), que abrió ancha brecha en la fortificación mexicana. A las cuatro de la tarde (19 Abril), los franceses atacaron á nuestras tropas. El combate fué rudo, y el punto hubiera caído desde luego en poder del enemigo, sin el oportuno refuerzo que llegó, de un batallón de Oaxaca que personalmente dirigía el General Porfirio Díaz, como si fuera Jefe de columna. El 3^{er} Batallón del 3^{er} Regimiento de Zuavos fué rechazado, y nuestros clarines tocaron diana al ver huir á la infantería de Africa, que tan poca fortuna tuvo en aquel glorioso sitio.

Nadie podía suponerse un segundo ataque en aquel mismo lugar y en el mismo día. A las ocho de la noche, como una avalancha, como un ciclón terrible y destructor, se precipitó sobre la posición una fuerte columna del mismo 3^{er} Regimiento de Zuavos, que había sido rechazado antes y que tuvo tantas pérdidas en aquella parte de la ciudad. Fué tan rápido el ataque y la sorpresa tan completa, que el 4^o Batallón de Zacatecas que defendía el punto fué arrollado, perdiendo en el desesperado combate que sostuvo 150 hombres.

Inmediatamente acudieron en defensa de la manzana el Batallón Rifleros de San Luis, con Carlos Salazar, y el Batallón de Aguascalientes mandado por el Coronel Jesús G. Arratia. El combate á la bayoneta que se produjo fué tan espantoso, que los mexicanos y franceses llegaron á caer atravesados mutuamente por los marrazos y las bayonetas. Las pérdidas fueron enormes; allí no fueron diezmados, sino destruidos, los Rifleros de San Luis y el Batallón de Aguascalientes. El General Santibáñez calcula en 300 hombres los que quedaron fuera de combate en esos dos batallones.

La manzana quedó en poder de los franceses. Inmediata-

(1) G. Niox. Obra citada, pág. 271.

mente ordenó el General González Ortega al General Berriozábal que si no podía recuperar la manzana perdida, la incendiara. Esta orden terminante se cumplió al pie de la letra. La 1^a Brigada de la 1^a División (Brigada Caamaño) llevó á cabo esa proeza, con los batallones Ligeros de Toluca, el 1^o que mandaba Caamaño y el 2^o á las órdenes del Coronel José M. Padrés.

Resistiendo un fuego terrible, aquellos valientes penetraron de nuevo á la fatal manzana, que en un día era objeto de tres combates. Los franceses, á su vez, retrocedieron ante el esfuerzo de los soldados de Toluca, y poco después, de aquel antro de la muerte se escapaban anchas lenguas de llamas, entre espesas columnas de fuego. Aquello era grandioso, pero terrible.

Los dos ejércitos quedaron asombrados de los sangrientos combates de aquel día.

Frente á la manzana que fué incendiada se encuentra la que está comprendida entre las calles de la Calavera, de la Obligación, del Señor de las Cañas y del Pitiminí. Allí estaba defendiendo el punto el heroico 2^o Cuerpo de Toluca, mandado por Padrés (1), que tanta fama alcanzó en el combate que vamos á referir y que se verificó en la noche del 24 de Abril.

No terminaban aún de vibrar las campanas del reloj de Catedral, que daban las siete de la noche, cuando dos tremendas detonaciones conmovían á la ciudad sitiada, cual si fueran explosiones de un volcán. Era que dos poderosas minas francesas acababan de estallar, volando la manzana en que se encontraba el 2^o de Toluca.

(1) El Coronel José M. Padiés, al frente de su batallón, el 2^o ligero de Toluca, fué muerto en el asalto de Morelia, Noviembre de 1863, mandando una columna de asalto.

El momento fué desesperado y angustioso: los viejos y macizos edificios que servían de fortificación á los mexicanos se estremecieron desde sus cimientos, vacilaron y después se desplomaron con sordo estrépito, arrastrando entre sus escombros á los valientes toluqueños que ocupaban las alturas y sepultando á los que se encontraban al pie de los muros. Al mismo tiempo, por aquella inmensa brecha abierta por las minas se precipitó una columna de asalto formada por el 2º Batallón del 3º Regimiento de zuavos. Padrés, herido de un golpe contuso, al frente de un puñado de soldados, contuvo el avance de la columna.

Allí ya no había jefes ni oficiales; todos eran soldados y luchaban cuerpo á cuerpo con los asaltantes. Con la rapidez del rayo el General Berriozábal acudió en defensa del punto, con una compañía del 1º ligero de Toluca, que personalmente conducía al combate el General Juan Caamaño, y una compañía del 8º de Jalisco, que defendió la esquina de la calle de la Siempreviva.

El General Caamaño asombró á todos por su arrojo; la pequeña columna que mandaba cayó como golpe de hacha sobre los zuavos y los obligó á retroceder; el Coronel Padrés, con los restos de su batallón, y el Coronel Agustín Villagra, que antiguamente había mandado ese 2º ligero de Toluca, rechazaron palmo á palmo al enemigo y recobraron aquellos disputados escombros. La victoria fué nuestra y se alcanzó entre una lluvia de fuego, de metralla y de granizo, ya que el cielo descargó en aquellos momentos una terrible tempestad.

El ejército francés estaba asombrado; seis ataques furiosos que había intentado, habían sido rechazados por completo.

El General Forey dió órdenes aquella misma noche al General Bazaine (24 de Abril) para que ocupara á toda costa el fuerte de Santa Inés y la línea del Pitiminí.

El General Bazaine organizó su ataque, formando dos columnas con los batallones del 1º Regimiento de Zuavos; apo-

yadas, por la derecha, desde el Rancho de Toledo á la esquina de la calle de Villarreal, por el 95º Regimiento de línea, y por el frente, esto es, desde los escombros de la manzana incendiada, detrás de la calle de la Calavera, por una batería de 8 piezas y el 20º Batallón de Cazadores. Estas fuerzas formaban la 2ª Brigada de la 1ª División de infantería, á las órdenes del General Castagny, que era quien dirigía las columnas de asalto. La columna de la derecha, la que atacó el fuerte de Santa Inés, estaba mandada por el Comandante Melot, y la de la izquierda, esto es, la que atacó la línea de Pitiminí, estaba mandada por el Comandante Devaux. En total, 2,000 hombres de las columnas de ataque y más de 3,000 sosteniendo ese asalto, con 8 piezas de artillería. (1)

La línea mexicana estaba defendida en la forma siguiente: El General Porfirio Díaz con algunas compañías, restos del 4º de Oaxaca, Coronel Ballesteros; el 6º y 8º de Jalisco, Coroneles Balcázar y Zepeda, ocupaban el convento de San Agustín; en la esquina de la calle del Noviciado se situó el General Berriozábal con dos compañías del 6º y una del 8º de Jalisco; el Coronel Padrés, con los restos del 2º ligero de Toluca, defendió la esquina del Pitiminí y Portería de Santa Inés, y el General Caamaño, con los restos del 1º y 3º ligeros de Toluca, formó una columna de reserva en la Plaza de la Concordia. La línea de Santa Inés la defendía el General Miguel Auza con el 5º de Zacatecas, que él mandaba, y el 3º á las órdenes del Teniente Coronel Manuel González Cosío, ocupando el convento é iglesia de Santa Inés; sosteniendo la línea de defensa, desde la calle de las Chinitas al Carmen, la Brigada Régules (Batallones Zaragoza núm. 32, Activo de Morelia núm. 33 y Ocampo núm. 34), y la Brigada Chilardi (1º y 2º de Zacatecas y Batallón de Zapadores).

La manzana contigua á Santa Inés, comprendida entre las calles de las Chinitas y la de Juan Roque, la defendía el Te-

(1) G. Nrox. Obra citada, páginas 271 y 272.

niente Coronel Telesforo Tuñón Cañedo, al frente del Batallón Zaragoza. En esta manzana se verificó también un importante combate.

Como se ve, la línea atacada comprendió la área que se extiende desde San Agustín, por la esquina de las calles de Juan Múgica y Calaveras, hasta las escasas construcciones que existían en la manzana conocida con el nombre de «La Trujillo,» frente á la calle del Gato, dominadas por la iglesia de los Gozos.

Desde Chinitas á los Gozos se extendía la Brigada Régules.

Era Comandante del punto de Santa Inés el Coronel Manuel Márquez Galindo.

* * *

Los combates épicos en el sitio de Puebla fueron los de *San Javier* y los de *Santa Inés*, seguramente los más porfiados, los más sangrientos y desesperados en ese inolvidable sitio, que es una epopeya.

Apenas clareaba la mañana del 25 de Abril de 1863 cuando la artillería enemiga inició sobre la plaza un fuego tan nutrido y violento, que todos comprendieron que se trataba de un combate serio y decisivo. Ya Forey había reforzado su artillería (56 piezas) con dos baterías de Marina y de grueso calibre (12 piezas). Las baterías francesas: la de la plazuela de Los Locos, que batía á San Agustín (4 piezas); la que atacaba de frente á Santa Inés (8 piezas), y la que cañoneaba la línea defendida por el General Régules (3 piezas), desde las cinco y media de la mañana lanzaron una lluvia de granadas sobre las fortificaciones de la plaza, principalmente sobre Santa Inés. Al mismo tiempo la artillería establecida en batería al Norte del Rancho de Inchaurrei, en la garita de Amatlán y en el crucero de los caminos del molino de Huexotitla, atacaba el fuerte del Carmen, y la que estaba situada en la línea de San Baltasar, de la orilla del río al camino de Toti-

mihucán, hacía otro tanto con el fuerte de Ingenieros. Aquel fué un día de terrible bombardeo.

A las seis de la mañana varias detonaciones que dominaron el fragor producido por el fuego de artillería anunciaron la explosión de varias minas. Los zapadores-mineros habían avanzado por medio de minas hasta el convento de Santa Inés, con el fin de destruir las fortificaciones y abrir brecha. La barda que limitaba la huerta del convento, por el rumbo Poniente, á lo largo de la calle de Galicia, cayó por tierra, y una amplia y fácil brecha permitió un inmediato asalto. Por allí se lanzó la columna de zuavos que mandaba el Comandante Melot. Al mismo tiempo, otra columna, la que dirigía el Comandante Devaux, se lanzó á paso veloz sobre la trinchera que había en la esquina del Pitiminí y Portería de Santa Inés, defendida por un obús, y la tomó tras un combate de los más sangrientos.

Desde lo alto de San Agustín, las infanterías que mandaba el General Díaz hacían un fuego terrible de fusilería, al mismo tiempo que dos obuses colocados en la esquina de la calle del Noviciado batían de flanco á las columnas asaltantes. El Teniente Coronel Padrés, que con los restos del 2º ligero de Toluca defendía la trinchera de la calle de la Portería de Santa Inés, al ser rechazado retrocedió hasta la Plaza de la Concordia; allí organizó de nuevo su columna, reforzada con soldados del 1º ligero de Toluca, y lleno de ánimo volvió sobre los franceses arrollándolos en una terrible carga á la bayoneta, hasta recobrar la trinchera y la pieza de artillería perdida. En esta proeza murieron los oficiales Margarito Moreno é Ignacio Méndez.

Como al tomar esa trinchera la columna de asalto Devaux había penetrado á Santa Inés, el General Berriozábal ordenó que el General Caamaño, con su columna de reserva, auxiliara á los defensores de Santa Inés, lo que hizo el valiente jefe, atacando con tal denuedo y éxito al enemigo, que lo rechazó y le hizo 24 prisioneros. La columna Devaux tuvo al fin que

retroceder, después de dos horas de porfiado combate, pereciendo su jefe, el Comandante Devaux, y los Capitanes Saint Hilair y Bormehligel.

Entretanto, la columna Melot se había lanzado por las brechas abiertas al convento de Santa Inés, donde combatió con el 3º y 5º de Zacatecas. Los zuavos creían que con sus minas habían destruido toda clase de obstáculos; pero se encontraron con que un fuerte enrejado, hábilmente colocado por el General Auza, impedía su camino. Inmediatamente procedieron á destruir aquel obstáculo dos compañías de zapadores, sostenidas por el fuego de los asaltantes, que sufrían bajas considerables.

De nuevo se lanzan al asalto y logran penetrar hasta el primer patio del convento, donde su avance es contenido á duras penas por los soldados de Zacatecas. Intertanto, parte de la columna de asalto avanzaba por el jardín del convento, tratando de flanquear la posición.

El General Auza, con restos del 5º de Zacatecas y el 2º Batallón de Nacionales de Puebla, al mando del Coronel Juan Ramírez, se lanzó sobre los asaltantes, los desalojó del jardín y los hizo retroceder hasta sus trincheras.

Los defensores del convento combatían con un enemigo superior en número, que á cada instante recibía nuevos refuerzos; la lucha que sostenía era superior á sus esfuerzos. El Coronel Mariano Escobedo, al frente de su Batallón 1º de San Luis, entró en línea de combate, en oportunísimo auxilio, y la columna Melot fué rechazada por completo.

Al mismo tiempo, la columna Devaux volvía á la carga, tratando de flanquear á Santa Inés por el lado Sur y procurando ocupar la manzana que defendía el Batallón Zaragoza, pero de nuevo fué derrotada.

No escarmentaron los asaltantes; reforzaron sus columnas y un fuego formidable de artillería hacía polvo el viejo edificio de Santa Inés. El General Auza se encontraba en la primera línea de combate, luchando con una serenidad asombrosa.

Serían las once de la mañana cuando un ayudante de González Ortega se le acerca y le dice: «*De orden del General en jefe, defienda Ud. el punto hasta rechazar al enemigo, ó caer muerto ó prisionero con las tropas de su mando.*» Auza contestó como un espartano: «*Será obedecido.*»

Casi á la misma hora el Capitán Rincón, ayudante del General González Ortega se acercaba presuroso al General Berriozábal para transmitirle una orden; ¡tal vez era la misma que se le comunicaba al General Auza!; el valiente ayudante no llegó á comunicarla; una bala, al partirle el corazón, lo mató con la rapidez del rayo.

No acababa de recibir el General Auza aquella orden terminante, cuando el tercer asalto se efectuó. Todo el 1º Regimiento de zuavos se lanzó contra Santa Inés, á la vez que la artillería descargaba una lluvia de proyectiles sobre las altas paredes del convento. Auza con sus zacatecanos y Ramírez con sus poblanos, tuvieron que retroceder. Aquel momento fué decisivo; el combate se generalizó cuerpo á cuerpo y con un encarnizamiento espantoso. De improviso se oyó un estruendo formidable. Era un alto muro que se desplomó, cayendo como una masa sobre los defensores del punto. La confusión fué espantosa; ¡Auza! ¡Auza! ¿Dónde está Auza? gritaban los jefes mexicanos.

El 5º de Zacatecas estaba destruido; los soldados salían contusos y heridos de muerte de entre los escombros; y allí, casi sepultado entre ellos, haciendo esfuerzos supremos para apartar de sí las piedras y los maderos que lo cubrían, enterrado hasta el busto, el General Auza seguía animando á sus tropas para que rechazaran al enemigo. Los soldados se lanzaron en su auxilio, fusilados á quemarropa por los franceses; se trabó un combate formidable, al fin el valiente Auza salió con vida de aquella tumba, y poniéndose al frente de los suyos, con un esfuerzo desesperado, arrojó á los franceses de Santa Inés. Ya no podía sostenerse más y hubo necesidad de separarlo por la fuerza de aquel lugar.

La Brigada Auza estaba destruida; no quedaban de ella 200 hombres útiles. y el General González Ortega ordenó que la Brigada Chilardi, con los Batallones de Zapadores, Coronel Gaguern; 1º de Zacatecas, Coronel Palacios, y 2º de Zacatecas, Coronel Juan López, relevara á la Brigada Auza.

El combate terminó al medio día; había durado seis horas y media.

Nuestras pérdidas fueron enormes, pero las de los franceses fueron espantosas. G. Niox, que á duras penas confiesa las pérdidas de los suyos, señala las siguientes: 10 oficiales y 27 soldados muertos (la desproporción es notoria); 5 oficiales y 127 soldados heridos, 2 oficiales y 176 soldados prisioneros.

El General Santibáñez señala las pérdidas francesas, entre muertos y heridos, en más de 400 hombres. Esto mismo dice el parte del General González Ortega del 25 de Abril. Los prisioneros fueron en realidad 2 oficiales y 176 soldados.

Un testigo presencial nos ha referido que los zuavos muertos fueron alineados en un portal de la Plaza de Armas, para que los jefes prisioneros los identificaran, y que había tantos, que causaba terror el contarlos.

El General Auza, sobrio siempre en sus palabras, le dice en su parte al General González Ortega: «*El primer Regimiento de Zuavos ha concluido.*» (1)

Así terminó aquel glorioso combate, el último que intentó el General Forey contra el perímetro interior de la ciudad y uno de los que más honra han dado al ejército mexicano. (2)

* * *

El fracaso de las operaciones del sitio desconcertaron á Forey, obligándolo á convocar un nuevo Consejo de Guerra, en el cual se decidió abandonar el sistema de asaltos, estrechar

(1) Parte oficial del General Auza, fecha 27 de Abril.

(2) Mucho sentimos que las proporciones de esta obra no nos permitan publicar la Orden General de la Plaza de Puebla, fecha 26 de Abril de 1863, en que se cita á los valientes que se hicieron notables en aquel glorioso combate.

el sitio para rendir por hambre á la guarnición é intentar un ataque por el Carmen y Totimihuacán. Al mismo tiempo se decidió aprovechar la primera oportunidad que se presentara para atacar al Ejército del Centro, que aunque no había servido de nada, constituía una constante esperanza para los sitiados y obligaba á los franceses á tener ante él varias fuerzas en observación; en el Cerro de la Cruz, donde estaba Márquez, y en la falda Norte del Cerro de San Juan, donde estuvieron diversos jefes franceses.

González Ortega afirmaba y aumentaba sus fortificaciones interiores.

Los días de escasez comenzaron; el maíz que se gastó en las caballerías comenzó á hacer falta y se tuvo que disminuir la ración de la tropa. Esto se veía como un mal pasajero, ya que todos esperaban que se recibiese un numeroso convoy de víveres y de municiones que había ofrecido hacer entrar á la plaza el General Comonfort.

El día 5 de Mayo se verificó, en las esquinas de las calles del Gato y del Mal Vivir, el canje de prisioneros mexicanos y franceses, conforme á la convención pactada el día 4. Se canjearon 3 capitanes, 2 tenientes, 3 subtenientes y 160 soldados franceses por un número igual de oficiales y soldados mexicanos, y como González Ortega tenía 27 soldados más prisioneros, también los entregó á Forey, sin canje alguno.

El 5 de Mayo se tuvo conocimiento del mal éxito del combate de San Pablo del Monte, iniciado por el General O'Horrán, para introducir á Puebla el ansiado convoy de víveres.

El 9 de Mayo se supo la derrota de Comonfort en San Lorenzo, y se llegó á la certidumbre de que el Ejército de Oriente no podía contar sino con sus exhaustos y agotados recursos.

* * *

El 13 de Mayo se verificó el último combate de aquella lucha de héroes.

Los franceses habían proseguido sus trabajos de aproche

frente á los fuertes del Carmen y Totimihuacán; este era el más amenazado. Las paralelas frente al Carmen partieron de las cercanías de las trojes del molino de Huexotitla, rumbo á una casa aislada que estaba entre el fuerte *Hidalgo* y el molino del Carmen. Desde allí los tiradores franceses causaban serios perjuicios al Carmen.

Atacando al fuerte de Ingenieros, la gran paralela partía de la margen del río, pasaba por la iglesita de San Francisco Cuapexco, por la Garita de San Baltasar, hasta el camino de Totimihuacán; la segunda y tercera paralelas se extendían por los terrenos del rancho de la Magdalena. En estas paralelas se habían colocado piezas de grueso calibre y gran alcance, que enfilaban las principales calles de Puebla, de Sur á Norte.

El General José María Patoni, que mandaba la 2ª brigada de la 5ª División, que guarecía la línea del fuerte de Ingenieros, solicitó del General González Ortega el permiso respectivo para atacar las paralelas francesas.

Al atardecer del día 13, tres columnas mexicanas salieron de sus parapetos, formadas de los batallones 1º y 2º de Durango, Coroneles Manuel Parra y Pedro Moreno; y del batallón 1º de Chihuahua, Coronel Manuel Maya. Estas columnas las dirigía el General Patoni, que llevaba á su lado al Teniente Coronel de Ingenieros Gaspar Sánchez Ochoa. La artillería del fuerte hacía un fuego bien sostenido para apoyar á los bravos fronterizos, á la vez que los fuertes del Carmen y Zaragoza cañoneaban las líneas francesas.

Los duranguenses y chihuahuenses avanzaron á paso gimnástico sobre las paralelas francesas, diezmadas sus filas por el fuego enemigo. No vacilaron un instante; llegaron como un alud, como un torrente que se desborda, y asaltaron las trincheras enemigas, donde se efectuó un combate sangriento á la bayoneta. Desalojaron á los franceses de sus posiciones, clavaron su artillería y regresaron al fuerte de Ingenieros, llevándose las armas de sus vencidos, que quedaron admirados de tanta audacia, de tanto arrojo y de valor tan temerario.

Aquel combate fué el broche de oro con que se cerró la serie de los que se libraron en Puebla; memorable por el épico 5 de Mayo, inmortal por el sitio más glorioso que ha habido en América.

* * *

Los almacenes de víveres estaban vacíos; los parques del Ejército no tenían ya municiones. No se podía librar un solo combate más, so pena de suspenderlo á la mitad ó en su iniciación por falta de cartuchos.

El dilema que se imponía era terrible: ó se aceptaban los combates sin tener municiones, lo cual permitiría á Forey ocupar la plaza por medio de un asalto, que no se podría rechazar, ó se hacía una capitulación honrosa, que señalaría la impotencia del ejército francés para ocupar Puebla á viva fuerza.

El General González Ortega citó á una Junta Superior de Guerra, á la cual asistieron los Generales Mendoza, Cuartel Maestro del Ejército; Paz, Comandante general de artillería; los Generales jefes de División, Berriozábal, Negrete, Antillón, Alatorre y Llave, y el General Mejía, Jefe de la brigada de Oaxaca.

En esta primera Junta se dió á conocer á los jefes superiores el estado que guardaban la plaza y el ejército, á fin de que se tomara una resolución decisiva. Se habló de resistencia, de romper el sitio y de capitulación.

Continuar la resistencia era imposible, así se comprendió desde luego; para romper el sitio se necesitaban municiones suficientes para el combate de salida y para resistir una ó dos batallas campales. Además, hacían falta mulas para la artillería de campaña y el parque general.

Sobre este punto se suscitó una seria discusión, en la cual se llegó á reprochar á González Ortega que no se hubiera decidido á tentar la aventura. Esto que decimos, lógicamente se desprende de lo que hicieron consignar en el acta de esa Jun-

ta de Guerra los Generales Berriozábal y de La Llave. La aclaración de estos señores dice: «*que opinaban de esta manera (aceptando la capitulación) porque no se había dispuesto la salida del Ejército de Oriente EN TIEMPO OPORTUNO.*» (1)

Los Generales Mendoza, Paz y Mejía opinaron porque no había habido una sola oportunidad para romper el sitio.

Con motivo de esta Junta de Guerra, el General González de Mendoza se apersonó con el General Forey, no para solicitar desde luego una capitulación, sino para proponer un armisticio de varios días.

Forey se negó á conceder el armisticio, pero desde luego manifestó que con gusto recibiría proposiciones formales que llegaran á una capitulación. Ya en este terreno, preguntó al General Mendoza bajo qué condiciones creía él que el General González Ortega entregaría la plaza.

Mendoza le contestó: que concediendo los honores de la guerra al Ejército de Oriente, el cual desfilaría ante el ejército francés con sus banderas, armas y artillería de campaña rumbo á México. Forey contestó que estaba próximo á conceder al Ejército de Oriente los honores á que se había hecho tan acreedor, pero con la condición de que no se batiría más con el ejército francés. (2)

La segunda Junta de Guerra se verificó en la noche del 16 de Mayo. A esta Junta asistieron, además de los jefes que concurrieron á la primera, los Generales Porfirio Díaz y Pedro Hinojosa.

Conocida la situación, al fin se convino en que no había más solución aceptable que destruir el armamento, inutilizar la artillería, licenciar el ejército y constituirse los Generales, Jefes y Oficiales prisioneros de guerra del ejército francés. (3)

(1) Informe del General GONZÁLEZ ORTEGA.

(2) Lo que asentamos lo tomamos del informe de González Ortega. G. Niox dice en su obra: «Con la condición de que después de desfilarse entregaría sus armas y se constituiría prisionero.» pág. 279.

(3) El General GONZÁLEZ ORTEGA dice en su informe que los Generales Berriozábal, Porfirio Díaz y Pedro Hinojosa, opinaron por romper el sitio, para que se salva-

Era más de media noche cuando se llegó á esta resolución. Inmediatamente se comunicaron las órdenes respectivas, y una hora después se comenzaron á oír las detonaciones de la artillería al estallar las piezas.

Al amanecer las tropas recibieron la orden de romper su armamento, lo que hicieron con rabia y desesperación, y de desbandarse al licenciarse el ejército.

A las cinco de la mañana se tocó parlamento, y una hora después recibía el General Forey la siguiente comunicación:

«Cuerpo de Ejército de Oriente.—General en Jefe.—Señor » General: No siéndome ya posible seguir defendiendo esta » plaza por falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, incluso » toda la artillería.

» Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. y puede » mandarla ocupar, tomando, si lo estima por conveniente, » las medidas que dicta la prudencia para evitar los males que » traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay » motivo para ello.

» El cuadro de Generales, Jefes y Oficiales de que se compone este Ejército, se halla en el Palacio del Gobierno, y los » individuos que lo forman se entregan como prisioneros de » guerra. No puedo, señor General, seguir defendiéndome por » más tiempo; si pudiera, no dude V. E. que lo haría.»

Acepte Ud., señor General, etc., etc.

Puebla, Mayo 17 de 1863.

GONZÁLEZ ORTEGA.

A las ocho de la mañana los Generales, Jefes y oficiales se reunían en el Palacio del Gobierno, situado en el Portal, conforme á las órdenes que se habían dado.

Todavía se escuchaban de vez en cuando tremendas explo-

ran las fuerzas que se pudieran salvar. Todos los demás Generales calificaron ese acto como imposible; los Generales Berriozábal y Díaz convinieron al fin en tal cosa, no así el General Hinojosa, que continuó opinando que se debía intentar tan desesperada determinación.

siones. Eran los repuestos de parque de los fuertes, que se hacían estallar, volando las fortificaciones.

De trecho en trecho se veían grandes montones de fusiles, impregnados de petróleo ó aguarráz, que ardían en voraces hornazas.

Los soldados veían arder sus armas, ó las estrellaban contra el suelo ó las paredes, en un silencio aterrador.

La campana mayor de Catedral, con su voz sorda y sonora, repicaba tardíamente anunciando la capitulación de la ciudad heroica, defendida por el más valiente, por el más patriota, por el más heroico de los ejércitos.

Así fué el sitio de Puebla.

CAPITULO VIII

La rendición de Puebla y las consecuencias que tuvo.--Traslación del Gobierno á San Luis Potosí

El ejército francés, si bien triunfante, quedó agobiado de cansancio y privaciones en el terrible sitio que había sostenido. Sus pérdidas fueron enormes. El Capitán de Estado Mayor francés, G. Niox, dice que frente á Puebla el ejército francés perdió: Muertos en el campo: 18 oficiales y 167 soldados (esta cifra es completamente supuesta; sólo en Santa Inés murieron 400 hombres). Heridos: 79 oficiales y 1,039 soldados. Total: 1,303 bajas.

Hay que advertir, según explicación del historiador francés, que de los heridos más de la mitad fallecieron. Esto señala que hubo como 700 muertos en aquellos terribles combates, según confesión de los franceses. En realidad, tuvieron más de 2,000 bajas.

Las pérdidas mexicanas, hasta principios de Mayo, fueron 466 muertos y 804 heridos. Total 1,270 hombres. Mucho menos que las bajas francesas. Hay que hacer notar que los muertos constituían la mitad de esas bajas, como en el ejército francés. Esto señala la multiplicidad de los combates á la bayoneta, que son los más terribles.

Cayeron prisioneros del ejército francés:
26 Generales, 303 Jefes y 1,179 oficiales.